

VII

Sepultan al fantasma píamente

Por recomendación de Papa Chente y don Plácido, el Alcalde de acuerdo con la Curia, resolvió sacar los restos del difunto y darles cristiana sepultura.

En presencia de las autoridades civiles y eclesiásticas, removieron la ermita y excavaron la tierra bajo el mango. La ceremonia atrajo a muchos curiosos.

Nadie sabía por qué motivo Balbina parecía tan nerviosa. De repente prefirió retirarse. No quiso presenciar la ceremonia. Mimila podría sufrir un nuevo ataque y ella debía estar a su lado para cuidarla. Se fue más que de prisa. Faustina la siguió con la vista. Pensó: Sabe algo que la tiene agobiada. Va a tener que decírmelo.

El hombre que excavaba la tumba detuvo de repente su faena como ante una culebra. Se agachó cauteloso como quien trata de evitar la picada y alzó del hueco un cráneo, la calavera del difunto.

—Dámela acá —dijo Faustina.

—Todo irá en esa caja —dijo el Alcalde, señalando una pequeña que había junto a la fosa.

—No olviden que es mi padre. Puedo llevarla yo misma al cementerio para sentirla junto a mí.

Con toda parsimonia envolvió el cráneo en su manto.

Ya habían sacado los otros restos del difunto, todos muy calcinados y algo que parecía un trozo de sogá carbonizada.

Comentando cada cual a su modo los detalles de aquella tumba misteriosa fueron siguiendo en romería hasta el panteón. Allí ya estaba lista la bóveda donde reposarían en santa paz los restos de Philippe Durgel. De su familia sólo asistieron al sepelio Faustina y Pipe. Los demás se negaron a asistir.

El cura párroco rezó las letanías de los difuntos y aspergió agua bendita sobre la caja.

Brilló un relámpago con percusión de truenos. La lluvia que se había estado anunciando desde antes de llegar al cementerio se vino abajo.

El cura párroco apresuró sus rezos. Mientras ponían la losa iba aspergiendo sobre ella agua bendita.

Seguía tronando fuerte. Cayó un rayo. Brillaron más relámpagos.

El Alcalde les ordenó a los peones continuar la faena bajo la lluvia y, seguido por el cura, no tuvo inconveniente en iniciar el desbando. Todos los que firmaban la comitiva lo imitaron a prisa y echaron a correr, resbalándose, bajo el fuerte chubasco.

La fuga vergonzosa de las autoridades y el fuerte recrudecer del aguacero contagiaron de pánico a los peones que, dejando en cierne el repello de la lápida, pusieron pies en polvorosa. Uno de ellos, viendo a Faustina en trance, le hizo un gesto a Felipe como diciéndole que volverían apenas pasara la tormenta.

Faustina seguía rezando arrodillada como si no se diera cuenta de que caía un diluvio. Felipe no quería disturbarla. La conocía muy bien. La grilla era que estar en el panteón, entre los muertos, bajo la ira del cielo no resultaba confortable. La piel se le erizaba a Felipe; mucho más cuando al soplar el viento vio bajo el manto de Faustina la coca del difunto. Sin poder contenerse, gritó aterrado: ¡La calavera se ha salido de la urna! Faustina, vuelta en sí de su éxtasis, dijo con toda calma: No seas pendejo. Yo misma la tapé con mi manto. Quiero llevármela a la casa. Me pertenece. Se quitó del cabello una cintita y ató con ella la quijada al hueso del cráneo. Le dijo: No te inquietes. Quiero seguir rezando. Fíjate que en el círculo en que estamos no ha caído la lluvia. Santa Bárbara nunca me falla.

Esporádicas gotitas, salpicando instantáneas, hacían brillar las cuencas vacías del cráneo dándole a Pipe la impresión de que las pupilas del muerto adquirían vida y se burlaban de su azogado pánico.

Le solté una patada.

—¡Vete al carajo, mierda!

La calavera castañeteó rodando.

Faustina, enfurecida, no pudo reprimir su reconcomio.

—Pipe, ¿sigues haciéndote el jodido? Dios te va a castigar por tu falta de respeto a las ánimas. ¡Arrepiéntete, coño! Para lograr que el muerto te perdone no tendrás más remedio que invitarlo a cenar esta misma noche.

Felipe no osó hablar. Los difuntos le causaban pavor.

—¿Te asustan los espectros? ¡Cobarde del carajo! Ve sabiendo que ya aceptó tu invitación y que hoy mismo cenaremos con él.

VIII

Mimila mata al duende

Todo hacía suponer que, atendida por Faustina y por Plácido, Mimila mejoraba a ojos vistas. Los poderes ocultos ya no insistían en molestarla. Tampoco al duende se le había vuelto a ver por ningún sitio y el fantasma ya estaba en paz en el panteón. Todo indicaba que Faustina tuvo razón cuando afirmaba que existían ciertos vínculos entre los diferentes fenómenos paranormales que habían convulsionado a la isla últimamente.

El cura párraco creyó oportuno sacar ventaja de esa prueba evidente de que en cualquier tribulación siempre debemos acudir a la iglesia pues la bondad divina puede tardar pero no falla. Por eso, tras el toque habitual de las campanas, se complacía por la asistencia inusitada de fieles.

En efecto, esa tarde la iglesia estaba de bote en bote, como aceptaba jubiloso Vicente Barcia. Desde el púlpito, el Padre parafraseaba la bíblica parábola del hijo pródigo. Era satisfactorio comprobar esa vez la fe del pueblo, pues sabiéndose hijos de la iglesia, todos volvían contritos al seno del Señor.

En ese instante, del lado de la plaza dejase oír un gran estruendo. Papa Chente montó sobre las furias,

—¿Qué laberinto es éste? ¡Hagan silencio!

El nerviosismo creció en forma de aguaje contagiando a la audiencia. De pronto, sin respetar a nadie, se abrió paso en el templo María Palito y anunció a todo trapo la sin igual noticia. Se trataba, señores, de un crimen bochornoso. Algo inaudito.

—Sí, el cadáver de un niño cruelmente asesinado. Unos perros lo habían desenterrado.

—Sí, un hallazgo macabro. Lo traen desde la playa de Barlovento. Es un negrito bárbaramente degollado.

Los esfuerzos que el cura párroco hizo desde el púlpito para calmar los ánimos resultaron inútiles.

La concurrencia comenzó a desbandarse hacia la plaza.

Unos muchachos traían envuelto en trapos el cuerpo del delito.

Los curiosos se peleaban por ver. Se amontonaban.

—¡No empujen, coño! ¡Apártense!

Todo daba a entender que se trataba del duende, pues era un niño negro de ojos azules. Los tenía bien abiertos. Aún, sangraba por la herida del cuello.

Don Plácido Ladera le cerró los ojitos piadosamente.

—Mimila está de nuevo convulsionada —dijo María Palito.

—Parece que es la madre del niño —dijo furiosa Chon Candela.

—No se apresuren a aventurar juicios erróneos —explicó Papa Chente—. Después, cuando los llamo a declarar, se retractan.

En casa de Balbina los asuntos iban de mal en peor. Parecía que los poderes ocultos volvían a las andadas. Poseída por un furor extraño, Mimila se debatía en la cama.

Don Plácido quiso hacerla beber algún calmante, pero la enferma se negaba a tomarlo y, apretando los dientes, lo golpeaba y hacía caer el vaso.

Papa Chente se aproximó a Balbina.

—¿Qué puede usted decirnos de este embrollo? Sé que no es un aborto, pues se trata de un niño de unos cinco años; pero el parto lo han debido atender usted o Faustina.

Sin poder contenerse, Balbina sollozó:

—Quién lo iba a imaginar. Creo que mi nieta ha perdido el juicio. En cierta forma la culpa es de Faustina, pues ella fue quien dijo que había de eliminarse a la criatura. Mimila oyó el consejo y resolvió asesinar a su propio hijo.

Quienes rodeaban a Balbina lanzaron mil protestas hirientes.

—¡Calma, calma, señores! —rezongó Papa Chente—. Vamos por partes. ¿Dime, Balbina, entonces el niño es de Mimila?

—Sí, Chente, pero mírala cómo se contorsiona. Tengan piedad de esta criatura que es inocente. Yo tengo mis razones para no hablar. Prefiero silenciar todo este asunto para evitar nuevas desgracias. Como Mimila es muda, no les podrá decir nada en concreto.

—Yo puedo hipnotizarla —dijo Faustina—. Si consigo dormirla, tal vez logre que me trasmita mentalmente la verdad de los hechos que, desgraciadamente, ya sospecho. Veamos si cae en trance.

Sin esperar que Papa Chente, Plácido o Balbina la autorizaran, Faustina comenzó a maniobrar.

Mimila fue cerrando los ojos y, de pronto, se produjo un fenómeno que para los presentes tuvo visos de sobrenatural.

Faustina quedó extática y empezó a hablar con voz de adolescente.

Balbina, conmovida, manifestó su asombro:

—¡Santo Cielo, si es la voz de Mimila! Por fortuna no está Cairote en la isla, pues si se entera de lo que hay en el meollo de este asunto creo que es capaz de hacer un despropósito.

Por boca de Faustina comenzamos a escuchar a Mimila.

—Quien me violó fue el Diablo, un lujurioso demonio que me paralizó e hizo conmigo su pleno antojo. Cuando quedé preñada preferí no ir al pueblo para evitar que me notaran encinta. A mi abuelita le escondía los anteojos o procuraba brujulear por el monte o me fajaba. Con ella había aprendido las diferentes formas de provocar abortos. Intenté algunas de ellas sin resultado alguno pues mi barriga seguía creciendo. Desesperada, me puse a hacer locuras. Saltaba de las ramas de un árbol; montaba en la burrita; me bañaba en el mar y me lanzaba de sitios altos procurando caer al agua de barriga y el negro ahí. Un día sentí de pronto los dolores del parto. Di a luz en la quebrada como lo hacen las indias. Odiaba al niño no porque fuera negro sino porque el ultraje fue hecho contra mi voluntad. Por eso mismo, sin enterar de ello a mi abuela, creía que lo prudente era ocultar al niño en la gruta del azogue y allí lo amamantaba sin que nadie me viera. Era un niño diabólico. Sus dientes prematuros me mordían los pezones y me sacaban sangre que ávidamente succionaba como vampiro. Mentalmente me hacía pensar maldades y me decía que él era nada menos

que la reencarnación de cierto negro linchado en la isla por los yanquis y que deseaba vengarse de los isleños porque ellos nunca tomaban represalias contra los gringos. Fue exagerando día tras día su prepotencia hasta obligarme a ejecutar impiedades contra los santos. Fue entonces cuando empezó a asustar a las muchachas que acudían en demanda de abortivos. Les anunciaba que a todas las iba a poseer para poblar la isla de gente negra. Llegué a asustarme tanto que resolví matarlo convencida de que era un vástago maligno, diabólico. Por eso hice lo que hice y fui a enterrarlo a la playa donde me fue más fácil excavar con las manos. Lo sepulté muy de mañana, casi de madrugada. Lo único que hice fue acabar con el duende. De todos modos esos perros dieron con su cadáver.

Extenuada, Mimila se dobló sobre la silla. El cura párroco la levantó en sus brazos y la llevó a la cama. Se había dormido.

Balbina miró con desconfianza a Faustina.

—Cuando yo me di cuenta de que Mimila estaba encinta ya era tarde para hacerla abortar. Fui yo misma quien la atendió en el parto y apenas vi al negrito de ojos garzos no tuve duda alguna de que el infame era Felipe. ¿Qué iba a hacer? Evitar que Cairote se enterara.

Por eso resolvió mantener en secreto al neonato hasta ver la manera de llevarlo a un hospicio de la ciudad. Lo tenía oculto en casa sin dejarlo salir, pero el inquieto duende empezó a crecer. A veces, ágil, corría tras las gallinas y se escapaba. Alguna que otra joven necesitada de abortivos lo vio, emprendió la fuga y cundió el pánico. Mimila odiaba al niño porque odiaba a Felipe. Y poco a poco comenzó a dar señales de desvarío. Cuando se la llevaban los demonios fue necesario esconder al chico en la cueva del azogue. Por la parte trasera había una brecha, traspuesta entre unas matas, por la que el duende se escapaba y tal vez asustaba a las muchachas. Lo haría por simple broma, pues era un niño definitivamente normal.

Cuando Faustina sugirió la conveniencia de eliminar al duende para acabar con los fenómenos paranormales, Mimila cuya razón enajenada veía sólo demonios por todas partes, resolvió degollarlo.

Debido a la premura del cura que estaba en vías de viaje, el cadáver del niño fue enterrado en volandas.

Al día siguiente, en la misma lancha en que viajaba el cura se embarcaron Balbina y Plácido acompañando a Mimila que iba a ser internada en el manicomio.

Más vale serlo y no parecerlo

Prendado de Milagro hasta el tuétano, Betín se asaba en fuego lento sin atreverse a demostrar su desasosiego por temor a fallar. Además del gran pánico que le infundían las tías, él carecía de arrestos para insinuársele a Milagro que, dicho sea de paso, lo trataba con suma displicencia. Nunca se había atrevido a confesarle su gran pasión pecaminosa. Su timidez congénita lo inhibía transformándolo en un ser azogado, tartamudo, ridículo, sí, lo incapacitaba para actuar como los otros muchachos. Para colmo de males era anémico, enfermizo, blandengue.

Lo cierto es que en sus sueños veía la imagen de Milagro. Para expresarle de algún modo sus sentimientos le escribía cartas de amor que no le enviaba y anotaba también sus emociones en un diario. A través de las rendijas del baño la aguitaba desnuda cuando las tías no estaban en la casa. Luego, en el maloliente excusado (pozo séptico lleno de cucarachas) volvía a pensar en ella y esparcía su simiente. Por la noche, en su lecho junto a la tía, al oscuro, imaginaba sus senos rozagantes.

—¿Qué haces, Betín? ¿No duermes? —indagaba Malala desde su cama.

—Rezo el rosario, tía —contestaba él, gozando como quien se desangra.

María Dolores lo espió a través de las rendijas y lo pescó infraganti. Registró los cajones del pequeño escritorio de Betín y descubrió las cartas y el diario. Se lo dijo a Malala y ésta prendió el cotorro; pero como además tía Lola lo veía amanerado, un día le dijo:

—Más vale serlo y no parecerlo, que parecerlo y no serlo.

María Adelaida llevó a Betín al manicomio para que viera allí a Chinino masturbándose.

—Para que sepas lo que puede pasarte si lo sigues haciendo —le dijo.

Por un raro capricho de quien regía el siquiátrico, los locos que sufrían de satiriasis y otras manías eróticas estaban recluidos en cubículos con barrotes de hierro. Mujeres y hombres se hallaban frente a frente. Semidesnudos, sudorosos, acezantes, locos y locas se excitaban cada cual a su antojo y en la angustiosa imposibilidad del coito no tenían más remedio que masturbarse lanzando palabrotas. Chinino, casi siempre desnudo, tenía frente a su celda de barrotes a la triste Mimila que, alzándose la ropa, lo convidaba a gritos. Chinino se deshacía de ganas y, echando espuma por la boca, trataba de alcanzarla y al fin, desesperado, se onanizaba.

Con bastante frecuencia Ladera acompañaba a Papa Chente en su visita al siquiátrico.

Vicente Barcia aseguraba que en las noches de luna, según sostenían los celadores del manicomio, quienes sufrían trastornos de tipo erótico o emocional se iban arrebatando cada día más y más a medida que se acercaba el plenilunio. Por eso en esos días, Papa Chente cancelaba su visita al asilo, pues aparte de su manía exhibicionista Chinino se comportaba normalmente como cualquier persona cuerda. Como era hombre leído conversaba con el papá de esto y de aquello. Lo grave era que a veces, recordando su vicio, le decía al padre: «He elucubrado una ingeniosa reforma en mi anticuada manera de tejérmela.»

De vez en cuando Ladera se acercaba a Mimila, que estaba muy mejor y casi lista a que le dieran de alta. Lo que más indignaba a la muchacha era que el cielo no la supo amparar pues al contrario favoreció a Felipe. Mimila había hecho votos de conservarse virgen en honor de la Reina de los Cielos que no la quiso defender, pues Felipe, al violarla, decía fogoso: «Ayúdame, Virgencita, ayúdame.» Y fue el negro quien recibió la ayuda de la Virgen. ¿Por qué tal injusticia?

—Malala, hiciste mal en llevar a Betín al manicomio —dijo don Plácido—. Pedagógicamente ha resultado un fracaso. Chinino no está loco por su exhibicionismo vicioso sino por otras causas que sería largo enumerar. Su aislamiento, el calor, su exuberancia y la presencia de una mujer desnuda provocándolo. También tú, Lola, has hecho mal en decirle eso de que más vale serlo y no parecerlo, que parecerlo y no serlo. Betín parece afeminado porque se crió al amparo de puras faldas: por un lado la madre y las hermanas y por el otro ustedes, pero eso nada tiene que ver con

el hecho de que el muchacho tenga inclinaciones artísticas o literarias. No confundan gimnasia con magnesias. Nada tiene de malo que le guste pintar y que retoque los santos de la iglesia. Mejor es que lo hiciera porque la Magdalena tenía la tela exangüe. ¿Qué importa que fallara exagerándole el carmín de los labios? Tampoco es nada grave el que le agrade tocar de vez en cuando el armonio, cosa que él aprendió de oídas ni que de niño jugara con muñecas o cantara en el Coro junto con sus hermanas. Todo eso nos demuestra que tiene inclinaciones artísticas, lo cual no quita que esté pidiendo a gritos una mujer, y, por lo tanto, arguyo que lo deben casar, de lo contrario...

—Puede volverse loco o maricón —dijo Lola.

—Ni una cosa ni la otra —contradijo Ladera.

—Lo grave —advirtió Lala— es que el muchacho se ha enamorado de Milagro. ¿Olvidas que son primos hermanos?

—No vuelvas a salir con pendejadas —gritó Ladera—. Por culpa de esa vaina se jodió Néstor como también mi hermano Paco.

—Menos mal que Chabela está en la escuela —dijo Malala—. Basta que alguien mencione a tu hijo Néstor para que a ella se le ablanden los ánimos. Ten cuidado que ahí viene. ¿Qué tal Chabela? Aquí Plácido me estaba preguntando por tu salud. Trabajas mucho. ¿Qué tal te fue?

—Bien —dijo la aludida, rendida de cansancio.

Tras ella entró Milagro.

—Ésta también es otra —dijo María Adelaida—. Me tiene en ascuas. Ha madurado demasiado temprano. Tiene coqueterías de mujercita, por no decir de mujerzuela. La noto distraída, escurridiza, impaciente. Presiento que está enferma.

Llevándose la mano a la boca como con bascas, Milagro quiso escabullirse hacia el ático.

Don Plácido no la dejó seguir.

—Te veo muy pálida —le dijo—. ¿Por qué tanta barriga? ¿Serán lombrices? Vamos a examinarte.

Milagro, emocionada, se echó a llorar. Le vino de sopetón el vómito.

Sin más ni más Ladera alborotó el congo al descubrir el tamal.

—Las felicito. Milagro está preñada.

Llorando arrepentida como una Magdalena, la chica aceptó el hecho sin asumir la culpa. El responsable de todo fue Betín. Aprovechando la ausencia de las tías, la acechó en el momento que ella salía del baño cubierta apenas con la toalla, la siguió hasta el altillo y, haciendo caso omiso de las estampas bíblicas, la echó sobre la cama y...

—¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar —gritó Malala.

Nerviosa, la chiquilla quiso echarse en los brazos de la madre, pero Chabela la santiguó de cuajo con una bofetada de rompe y rasga.

—¡Sube al altillo!

Trepó las escaleras vuelta gemidos. En lo alto se siguieron oyendo los sollozos.

Entró Betín.

—¿Qué pasa?

—¡Sinvergüenza!

Enamorado como un simple babieca, nada negó si bien es cierto que se quedó como alelado cuando escuchó lo que para él era una nueva versión de lo ocurrido.

Tras una discusión acalorada con sus hermanas, María Isabel lloró encerrada en su recámara, sobre todo por una frase hiriente de Malala que se atrevió a decirle: «De tal madre tal hija.»

Ella en casa no discutía las órdenes ni tenía sobre su hija el más mínimo ascendiente. Quien tenía la custodia de ambos jóvenes era María Adelaida que, desde luego, se sentía acorralada pues ante la inminencia del escándalo no tendría más escapatoria que infringir sus principios ya que los tiempos cambian y contempORIZANDO se libra una de mortificaciones.

—Sin embargo, ¿si pudiéramos hacerla abortar?

—¿A estas alturas? Sería un crimen punible.

—Pobre Chabela —dijo Lola—. Deseaba que Milagro estudiara para maestra y ahora, adiós hacha, calabaza y miel.

María Adelaida no quería darse por vencida. Sabía que el matrimonio de Néstor y Chabela fracasó precisamente por ser primos hermanos. Si ella estaba acusando de incontinencia a Monseñor Jesús Medina con el fin de expulsarlo de la isla, la lógica más simple indicaba que su propia familia debía ser la primera en hallarse limpia de toda mancha; pero frente a la gravedad de los hechos y ante la imperdonable gravidez de Milagro (¡Virgen de los Dolores!) no había otra solución que las bodas.

—Que Papa Chente venga cuanto antes y que protocolice el matrimonio civil. Nada de lujos, ni oropeles, ni fiestas.

El Ñopo no era del mismo parecer. Había pensado que su hijo era un babioca aniñado y ahora Betín, de pronto, resultaba un berraco violador de doncellas, por lo cual renacía su confianza en el muchacho. Manifestó su pláceme y brindó a la salud de los novios. Él prefería una boda como Dios manda, civil y religiosa. No con rumbo excesivo pero, eso sí, con elegancia y que Milagro vistiera traje de novia y que la consagrara el cura Medina.

A ese último capricho María Adelaida quiso oponerse, pero como las circunstancias lo exigían, transigió.

Chabela recordaba el alboroto que habían formado sus hermanas y las hermanas de Ladera cuando lo de su boda con Néstor arguyendo el pecado de consanguinidad. Con Betín y Milagro esos prejuicios no parecían de mucho peso. Cómo cambian los tiempos y también el parecer de la gente. Bendito sea el Señor de los Ejércitos.

La boda se realizó en la iglesia lujosamente engalanada con pencas, lazos blancos y azahares.

Arrodillada frente al cura Medina, Milagro lo miraba con sus enormes ojos fijos en él hasta el momento en que, ahogada por la emoción, las lágrimas brotaron de sus ojos.

Era con el curita con quien ella habría deseado casarse. En cambio, me ha tocado acoplarme con el odioso de Betín a quien no amo.